



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES

E. MARTINEZ ABADES



Lit. de Brabo, Desempeño, 14 y Carbon. I. Madria

Doy como seguro ya
que en las futuras edades
por sus *marinas*, será
el prior de los *abades*.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Saetas, por Leopoldo Cano y Masas.—Las Vírgenes Locas, Capítulo.... En que por fin se presentan las verdaderas Vírgenes Locas, aunque tarde y con daño, anónimo.—Fábulas, por José Estremera.—Palique, por Clarín.—Mamarrachos, por Eduardo del Palacio.—Arrullos, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: E. Martínez Abades.—La gente crúa.—Vendedores ambulantes, por Cilla.



Hoy por hoy y mientras otra cosa no dispongan los hados, el único placer lícito de que podemos disfrutar es el que nos proporciona la Exposición de Horticultura.

El mundo elegante se reúne allí, y todas las bellezas de la capital, más ó menos naturales, acuden á lucir sus encantos, en competencia con las flores; de manera que á los chicos sensibles les late el corazón con una rapidez vertiginosa.

Todo respira amor y poesía: las mujeres, las plantas, los tiestos; hasta los dependientes de la Sociedad central de Horticultura.

La afición á las flores va cundiendo de un modo tal, que quizá no exista una sola persona, de buena educación, que deje de tener flores en alguna parte.

—Yo soy loca por las flores—decía una señora, casada con un procurador muy dado á las legumbres,—pero no las quiero comprar, por causa de mi marido.

—¿Se incomoda?

—No, señor; se las come en ensalada.

En la Exposición, un caballero, al parecer ilustrado, preguntaba á un jardinero:

—Diga V.: ¿hay por ahí algún ejemplar de la flor de Besalú.

—No conozco esa especie.

—Y flores cordiales, ¿tienen VV.?

Al salir del jardín oímos decir á un borracho:

—Eso no es Exposición ni es nada.

—¿Por qué?—le preguntamos.

—He pedido flor de anís y no la tienen.

Va á abrir sus puertas de nuevo el Teatro de la Alhambra, donde actuará una compañía de niños italianos.

¡Dios nos proteja!

La invasión de la infancia va tomando alarmantes proporciones, porque ahora resulta que los niños sirven para todo. Lo mismo pronuncian discursos, que matan becerros ó escriben comedias ó las representan. Dentro de poco querrán que les hagan ministros ó que les nombren embajadores cerca de la Santa Sede. En fin, los niños están desatados.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, tengo tres, y el segundo, que cuenta siete años de edad, quiere ver si se casa con una chica de seis, poetisa ella y autora de un libro intitulado *Problemas sociales*, en que trata de la emancipación de la hembra, del pauperismo y de los sistemas que deberían ponerse en práctica para desterrar á los negros.

No podemos dar un solo paso por el mundo sin que tropecemos con niños precoces, que nos avergüenzan con su superioridad.

Hay niños que se le quedan á uno mirando desdeñosamente, al saber que no hemos leído á Schopenhauer.

Los cafés están llenos de chicos, que acuden por las noches, acompañados de los papás, y andan de mesa en mesa excitando la admiración de las personas mayores.

—Ven acá, hermoso. ¿Quieres un terroncito?—se les pregunta.

—No, gracias. Yo, después del café, ya no tomo nada.

—¿Vienes solo?

—Vengo con mi mamá todas las noches. No podemos pasar sin esto. ¡Y como viene también mi novial...

—¿Tienes novia?

—¡Vaya! ¿Quería V. que á mi edad me estuviese parado?

Las cosas van tan deprisa, que el mejor día sabemos que hay niños-comadrones, y niños maestros de obras ó Arzobispos *in partibus*.

—¿Está Venturita, el comadrón?—preguntarán en casa de uno de éstos.—Dígale V. que vaya corriendo al número 50 de la calle del Gato.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque tiene la tos ferina, y no sale por la noche.

Los periódicos publicarán sueltos como éste:

«Nuestro respetable prelado se ha visto en la necesidad de guardar cama, á consecuencia de la escarlatina que padece hace días. Esta dolencia se ha complicado con la dentición, y por este motivo no podrá verificar la visita pastoral que habíamos anunciado.»

No sabemos nada del Congreso de vinicultores, porque no bebemos vino en las comidas; pero se dice que el resultado de las discusiones será importantísimo.

Háblase de otro Congreso de amas de cría que se celebrará en breve.

Hemos llegado á la verdadera estación de los Congresos, y no hay colectividad, por modesta que sea, que no piense celebrar el suyo correspondiente.

Las patronas de huéspedes también preparan uno para discutir el sistema de alimentación de los pupilos. Tratan de proponer, entre otras reformas, si sería conveniente aprovechar las carnes muertas de la vía pública, y si podrían ser digeribles los sombreros viejos de cartón, sometiéndolos previamente al adobo.

La cuestión está en pronunciar muchos discursos, á fin de hacer lo blanco negro, y conseguir, por las vías de la oratoria, lo que no se consigue por otros procedimientos industriales.

Desde que hay Congreso de vinicultores, hasta parece que el vino tiene menos *fuschina*. Quién sabe si las patronas, después de celebrar su Congreso, llegarán á hacernos creer que lo que echan en el cocido es carne natural de vaca joven.

Ya parece que la naturaleza comienza á sonreír.

Sin embargo, la gente sale á pasear con capa y tapabocas, porque ya no se fía de la naturaleza ni de nadie. A lo mejor llega el cierzo helado y constipa á las multitudes.

—¿Ha visto V. qué gris corre?—se oye decir por todas partes.

Muchos atribuyen estas irregularidades atmosféricas á la perversión del hombre y á las ideas que vierte el clérigo de esta corte en *El Resumen*.

Que es como suponer que la Providencia lee los periódicos políticos en sus ratos de ocio.

Leopoldo Cano ha dado á la estampa una colección de composiciones poéticas de primera clase, con el título de *Saetas*.

El nombre del autor me releva de hacer elogios. Baste decir que el que coge en sus manos el libro del ilustre poeta, siente la necesidad de leerlo de un tirón.

Lectores: hasta la semana que viene.

LUIS TABOADA.

SAETAS (1)

La vida del hombre malo:
Primero, el ocio y el lujo;

después, el juego y el robo,
y luego, el juez... y el indulto.

(1) Del precioso libro recientemente publicado con el mismo título, y el cual recomendamos á nuestros lectores.—N. de la R.

—«¡Ya no se escribe una obra que no ultraje á la decencia!»
—Sí; desde que usted no cobra, el arte está en decadencia.

Entre mil hombres honrados,
elige el mejor amigo;
y si echas algo de menos...
regístrale los bolsillos.

—¿Quién era el muerto que arras-
cua cuatro potros alazanes? [tran
—Uno que logró su empeño
de irse al infierno en carruaje.

¿Me censura con afán
y eso le da mucha fama?
Dile, por Dios, que haga un drama;
verás qué grita le dan.

Yo te llamo don Fulano,
y tú Fulanito á mí;
y tú te quedas ufano...
y yo... me río de tí.

¡Qué buenas cosas se calla!
¡Que imponente es su silencio!
Pues ese será muy pronto
Presidente del Consejo.

De las cosas de este mundo,
es la que me hace más gracia
ver la cara de los tontos
cuando creen que me engañan.

¡Dios te ayude! si estornudo;
¡Adiós, chico! si me voy;
¡Dios te ampare! si te pido;
y yo digo: ¡Qué re... Dios!

LEOPOLDO CANO Y MASAS.

LAS VIRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO.....

En que, por fin, se presentan las verdaderas Virgenes locas, aunque tarde y con daño

Aquello no tenía pies ni cabeza. El pobre Octavio leía una y cien veces el rimero de cuartillas que tenía sobre la mesa, y no reconocía su obra de la noche anterior. Una noche de fiebre creadora, de excitación nerviosa que tocaba en la locura, una noche de esas que gastan la vida del cerebro más que diez años de tranquilo *far niente*, había tenido por resultado aquel cúmulo de despropósitos. Lo que á la luz del quinqué pareciera original desaliño, *ton naou* sublime preñado de toda una creación inmortal, á la luz del día no era más que una rapsodia... descosida; es decir, ni rapsodia siquiera; uno y otro paño de púrpura, como decía Horacio, pero paños que ni aun estaban pegados unos á otros.

Aquella flor del ingenio que á la luz artificial había parecido preciosa camelia blanca nacida de la madre tierra, era ante los rayos del sol miserable artefacto de trapo, una flor contrahecha, de esas que no recuerdan nada tierno más que la miseria probable de la humilde florista que las hizo; y allí, deshojada y casi pálida y mustia la flor de arte; sus pétalos desprendidos del tallo, estaban ya comidos de la polilla; las letras, las patas de mosca de una pluma que había volado sobre el papel, dejando un rastro de baba negra en vez del hilo de oro con que el autor soñaba.

¿Pero, era aquello el producto de su ingenio? ¿Ó era que durante las pocas horas que él había dormido, el diablo burlón, ó las brujas, ó los duendes, ó los gatos fantásticos de Poe y de Baudelaire habían caído sobre aquella mesa y habían enmarañado, descompuesto y roto la fábrica de su ingenio? Sí, sí; una legión de gatos había jugado en aquella novela... la habían hecho añicos... no servía. Esto era lo terrible. ¡No servía!

Y el misero Octavio recordaba aquellos sublimes versos en que Musset describe la desesperación del poeta que tras noche de creación entusiástica, al venir la mañana fría y cenicienta encuentra helada la obra de su inspiración; como el que amó en sueños, al despertar halla que no hubiera sentido tanto si hubiera amado despierto.

—Tal vez exagero—pensaba Octavio para consolarse;—tal vez esto no es tan bueno como esta noche, al apagar la luz para dormir, creía yo, loco de entusiasmo; pero acaso no es tan malo tampoco como ahora pienso. Quizá tenga compostura.

Quería engañarse en vano. Encogió los hombros, movió la cabeza, y dijo en voz alta:

—No; esto no tiene pies ni cabeza.

¿Qué hacer? El compromiso era ineludible, el precio del libro estaba cobrado y, lo que era peor, gastado; el tiempo volaba, el editor exigía, en nombre del público, la primera mitad de la novela para el próximo número de la revista, esto es, para dentro de dos días... Y todo lo escrito era inútil. Además, aunque él tuviera tiempo de escribir todas las cuartillas necesarias en las veinticuatro horas que tenía de término, aquel pie forzado de LAS VIRGENES LOCAS le desconcertaba, le ataba, le oprimía como un grillete. Y el editor transigiría con todo menos con variar el título de la obra; eso no podía ser.

En fin, D. Salustio era una buena persona, y además inteligente. Lo mejor era consultar el caso con el mismo y exponerle

francamente las dificultades surgidas. El mismo editor le daría el mejor consejo.

Octavio, muy tranquilo, se vistió, hizo un rollo de las cuartillas escritas, lo sujetó con una cinta de goma y salió de su despacho, de aquel hospital de sus fiebres de fantasía. En la calle, el aire fresco le reanimó bastante. Respiró en las brisas la esperanza.

Octavio Ortega y Carrión había nacido por casualidad en Rocaberti, pueblecillo italiano, cerca de Nápoles; su padre había sido pintor, su madre cantarina; ambos, enamorados del arte, del ancho mundo y del azar gracioso y de sus extraños ritmos y armonías secretas, que al vulgo parecen disonancias, habían paseado por la tierra sus sueños de amor, su amor de los sueños, sus cantares, sus copias de arroyos, árboles, montes y ruinas, y ora acampaban al raso en medio de un prado, ora vivían por semanas y meses entre árboles de lienzo y sin más sol que el gas, entre los bastidores de un escenario.

Como D. Quijote quería, ya cerca de la muerte, imitar la vida pastoril, en compañía del cura, de Sancho, del barbero y de Sansón Carrasco, Ortega, el padre de Octavio, quiso imitar, sin duda muy cansado de vivir, la tranquila existencia sedentaria de los italianos, y en Rocaberti, junto á Nápoles, no lejos de Sorrento, sentó sus reales, y allí paso dos años, hasta dar con la muerte, que le sorprendió tres días antes de dar á luz su esposa al pobre sietemesino que se llamó Octavio. En cuanto pudo, la viuda se trasladó á España, y consagrada en alma y cuerpo á la educación de su hijo, vivió para él diez años más, retirada del teatro, pintando abanicos por el arte que heredara de su esposo, y dejando en aquellos paisajes de colores, dulces é inocentes, miles de recuerdos de sus noches románticas de Italia, Suiza y Normandía, de sus días de poetisa *bohemia*, entre brumas vagas ó bajo los rayos de un sol ardiente.

A los diez años, Octavio quedó solo en el mundo. Le recogió un actor cómico, amigo de su padre y enamorado en secreto y en vano de su madre, y tuvole un amor extraño, un amor mezclado de envidias póstumas, de celos retrospectivos y de esa supersticiosa admiración que como una aureola rodea á todo lo que vive en el ambiente del ser amado. «Salió de sus entrañas», pensaba el pobre histrion; «es el hijo que debía ser *mío*» y le apretaba contra su corazón como oprimiendo carne de ella. Octavio vivió también entre bastidores. Era de estatura menos que mediana, flaco, de ojos punzantes, pequeños y vivísimos, de abundante cabellera, toda un rizo; á los quince años ya había salido más de cien veces á escena á ser el *enfant terrible* de algún drama casero; á los diez y seis, se dijo, en español, por supuesto: «*et in Arosdian ego*» y en italiano: *anch'io so pittore*, y escribió una comedia que se le aplaudió mucho, y después otra que se le silbó muchísimo. La segunda era buena, la primera muy mala. La primera era una imitación vulgar; la segunda, una creación original... pero no servía para el teatro, según el público de críticos lo quería. Octavio dejó la escena y se metió en un periódico, donde escribía artículos de política colonial y de crítica literaria; pero además, se empeñó en meterse en una sección que sólo correspondía al director, á saber: en el corazón de la mujer de éste, y de resultados de aquel adulterio, perdió la plaza en el periódico y perdió un pedazo de una oreja en un desafío. Murió también el actor cómico, su protector, y Octavio tuvo que vivir de su pluma, porque era el único instrumento que manejaba. Y así le encontramos nosotros, entregado á la munificencia de D. Salustio Durante, que, lince para conocer y aun adivinar los apuros del prógimo, le había ofrecido, *molu proprio*, sacarle de las garras de los acreedores, si le escribía para el próximo número de una gran revista literaria de que era propietario D. Salustio, una novela que tuviera necesariamente por título, éste: LAS VIRGENES LOCAS (1).

(Continuara.)

FÁBULAS

I

CULPAS AJENAS

Dijo á una zorra
un perro viajero:

(1) Este capítulo anónimo me fué remitido cuando me ocupaba en buscar quien continuara la novela. Llegó pues, como pedrada en ojo de buey. Acompañábale una carta, anónima también, en que se ofrecía la conclusión de él para el viernes; pero á la hora de cerrar el número no ha llegado. Supongo que esto será cuestión de Correos y podrá publicar la terminación del capítulo el sábado próximo. Entonces aparecerá la firma, si la tiene. A mí se me figura conocer la letra y el estilo, pero me guardaré muy bien de decirlo. Veremos en qué para esto.

El Director.

(1) Véase el número anterior.

LA GENTE CRÚA



—Me tienes muy requemao y al puesto no vuelvo ya, entiendes?

—¡Esgalichao...
¿Dimpúes que te has tomao
veinte reales de cebá!



—Pos miste, D. Manuel, ¿sabusté lo que le digo? ¡que bonita es la Mariquita pa pegársela á ningún hombre!



—Cuando me ven los bravos tienen jindama...
(No lo crean ustedes porque es camama.)



—Si ese viene con *aya*, voy yo y le doy un estacazo, ¿sabes? y pa que no se figure que es por *custión* de celos *ripites* tú, ¿sabes?

—¡Me paice!



—¿Conque ei moño? ¡que si quieres!

—Pus á arrancártele vengo.
—¡Púe que creas que lo tengo preñado con abíleres!

—Dime, ¿no te avergüenza la infame vida que estás haciendo?
Las noches pasas siempre en acecho, saltando los corrales y asesinando tiernos polluelos
Vivir del burto, del merodeo
y del asesinato... es cosa infame ¡viven los cielos!—
La zorra dijo:
—De todo eso que me estás imputando, ¿quieres decirme qué culpa tengo?
Cuanto yo hago me enseñó á hacerlo
mi padre, que era un zorro como su padre, como su abuelo.
Yo, á mi manera busco el sustento;
conque á mí no me culpes por lo que hago si está mal hecho; puesto que zorros mis padres fueron,
zorros serán mis hijos, y también zorros serán mis nietos.

II

LOS DESCONTENTOS

A Jove se quejó con voz amarga un burro, de los palos y la carga, porque no andaba, se quejó el vencejo, y de los cazadores, el conejo.
El buey de la carreta, el corcel de la cincha que le aprieta, y otras quejas iguales le enviaron los otros animales.
—En verdad, dijo Jove, es cosa fuerte que nadie esté contento con su suerte.—
Y el cochino exclamó:—¡Más fuerte cosa es tener una suerte tan odiosa!

JOSÉ E. TRAMERA.

PALIQUE

No sé quién es D. J. S. Toca; por lo que á mí toca, no sé una J de los méritos de S. Toca.

Pero quien quiera que sea, en donde pone la pluma el delgado papel rasga.

Escribe ese señor un artículo que se titula «Juicio crítico acerca de Sor María de Agreda y Felipe IV. Bosquejo histórico de D. F. Silvela.»

Y como á renglón seguido empieza á despreciar á los «gacetilleros, de bien intencionada ignorancia los unos, los otros bellacos, sañudos y venenosos... que osaron hablar mal (y aun decir pestes) del último Diccionario de la Academia, conviene demostrar al muy desdeñoso desconocido que él también escribe como cualquier Roca Togores, puesto que ni siquiera sabe poner un rótulo á las partes de su ingenio; y un rótulo sabe escribirlo un pintor de puertas y ventanas, y sólo Jove y Hevia tropezó antes que el Sr. Toca en tan pequeño trabajo.

Dice Toca «Juicio crítico,» y eso ya está mal, porque *hasta los niños saben* que en siendo juicio ha de ser crítico, y que en siendo cosa de crítica al juicio pertenece. «Juicio crítico acerca de Sor María de Agreda y Felipe IV.» También eso está mal; porque parece que V. va á escribir un *juicio crítico* juzgando á Sor María y á Felipe IV, y no es tal su propósito. Además, ese *acerca de* es un rodeo ramplón, porque sobra el *acerca*. Y sigue: «Bosquejo histórico de F. Silvela...» Y parece que después de juzgar á Sor María va V. á bosquejar á fray Silvela. El rótulo está sangrando: primero, «Juicio de Sor María y de Felipe IV.» Aquí punto, una pleca, y después «Bosquejo histórico de F. Silvela.» Si el castellano es castellano, V. aquí ofrece la historia de Silvela en bosquejo. ¡Y, sin embargo! ¡Oh, arte maravilloso del lenguaje escrito! El Sr. Toca no quiere decir nada de lo que dice. Quiere decir esto: que el Sr. Silvela ha escrito un bosquejo histórico de Sor María de Agreda y de Felipe IV, y que él, Toca, va á juzgar ese bosquejo.

El Sr. Toca, que no sabe escribir rótulos, comienza su artículo insultando á los que no han hablado del último Diccionario de la Academia, y á los que han hablado. Es que el Sr. Toca recordará que la Academia también tiene la rara habilidad de no saber decir lo que quiere decir, como lo prueba el prólogo de ese mismo Diccionario que el Sr. Toca quiere que calumnemos. Él no sabe escribir rótulos, y la Academia no sabe escribir prefacios. Por eso se aman.

También nos ataca á los gacetilleros y críticos de oficio, porque no hemos hablado de la colección del Sr. Silvela. «Enmudecieron, dice, ante un trabajo de más alto vuelo que los chapuces literarios que de ordinario sudan nuestras prensas.»

¿Aludirá el Sr. Toca á los recientes *chapuces* literarios de M. Pelayo, Zorrilla, Campoamor, Castelar, etc., de que habló la prensa?

¡Que se ha hablado poco del libro de Silvela! ¡Si precisamente el Sr. Silvela ha demostrado que sabe *faire l'article* tan bien casi como Cánovas!

Y me apresuro á decir que el Sr. Silvela es hombre de positivo talento, digno de no ser Ministro conservador, y que ni su libro ni él tienen nada que ver con este palique.

A mí lo que me importa probar es que el Sr. J. S. Toca escribe muy mal, apesar del desdén con que nos trata á los gacetilleros. (Porque de seguro á mí me tiene también por un gacetillero, si es que se digna saber de mi existencia; y gacetillero soy, y á mucha honra, y bien lo sabe Bremón, de quien habló más adelante.)

Dice Toca: «Todo, sin embargo, parecía deber contribuir en esto á encender el interés de los críticos.» El interés no es combustible, Sr. Toca, á no ser llevando el estilo cursi demasiado lejos... «el fuego sacro de los entendidos.»

¡Valgame Sor María de Agreda! ¡El fuego sacro de los entendidos! ¿Dónde tienen los entendidos el fuego sacro? ¿Qué es el fuego sacro, Sr. Toca? ¿Cree V. que es cosa que se lleva en el bolsillo ó sabe Dios dónde? Estas frases son de la escuela de Cánovas; sí, recuerdan aquella inmortal figura de un prólogo del monstruo (que tampoco sabe escribir prólogos): «el proceloso viento de las circunstancias...»

Ya sé yo que el Sr. Toca, en cuanto literato, no merecía tanta conversación.

Pero la merecían sus pretensiones.

**

Fernández Bremón continúa escribiendo sus anales con ese estilo chispeante y mordaz que Dios le dió: en una de sus últimas lucubraciones se lee: Estudios frenopáticos de los doctores D. Joaquín Rosel, D. Alejandro Planellas..., D. Pedro Ribas..., D. Antonio Rodríguez, y siguen las firmas así hasta llenar veinte renglones.

¡Qué estilo! ¡Qué hombre! Ni Homero en el canto segundo de la Iliada.

Bremón, no sólo copia listas, sino que en los momentos de verdadera inspiración le da un bombo á un amigo, poniéndole entre la Puerta Sublime y el bloqueo de Grecia. Y á veces, cuando *est Deus in Bremón*, me tira á mí una chinita ó á cualquiera otra persona de gusto, medianamente educada, que no haya querido leer sus ocho ó diez comedias.

Y por último, cuenta sus cuentecitos. Y él que es tan idealista, tan soñador, hace un chiste con una «dentadura postiza, que se deja á unos herederos para que la usen.» (¡Puff!)

Esto es de la jurisdicción del *comes cloacarum*.

CLARÍN.

MAMARRACHOS

Muestra de fotografía según la costumbre usual: catálogo de un portal con exhibicio-manía.

Número 1.—Ciudadana envuelta en un pañolón, y sentada en el pilón de la Fuente Castellana.

Número 2.—Un sujeto con su toga y su muceta; parece una marioneta, dicho sea con respeto.

Número 3.—Una chica que tiene en la mano un tomo; parece que dice como: —¡Ay! ¡este pica, este pica!

Número 4.—Un señor con un perro de bayeta, empujando una escopeta y en traje de cazador.

Cazador que va, según se conoce en la canana al verle de cierta gana de decirle al hombre:—«¡Punt!»

Número 5.—Familia: padre, madre y niños feos; árboles como édeos, y al foro se ve Sicilia.

Número 6.—Una dama que está besando una flor; se retrató en peinador, como al salir de la cama.

Número 7.—Un barbián, con sombrero calabrés, ofrece al mundo el revés, pero le conocerán.

Número 8.—Huerta ó huerto, una nodriza... pastando, y el chiquillo ejecutando una pieza de concierto.

Número 9.—N. A. ex-ministro del Supremo; al pronto parece meño... luego no se duda ya.

Número 10.—Dos amantes en actitud sospechosa; ella está muy cavilosa, y él comiéndose unos guantes.

Y así sucesivamente ven los pobres transeúntes á una colección de apuntes que hacen reír á la gente.

Retrátense cada cual, si es que le parece bien, aunque yo conozco á quien le sobra el original.

Y paguen lo que les cuesten,
y examínense en sus ratos;

pero guarden sus retratos
donde al país no molesten.

EDUARDO DE PALACIO.

ARRULLOS

Adórame, princesa,
¡por Dios, te lo suplico de rodillas!
y yo te echaré flores
si me sabes sacar de mis casillas
con esos labios húmedos, de fresa,
y esos ojazos negros y habladores.
¡Qué guapa estás ahora!
Parece que palpitan en tu cara
las caricias de Venus tentadora,
que al placer insensato se prepara.

Oigo frases ardientes
que vibran sin cesar en mis oídos,
al gozar de tus mimos inocentes
que revelan deseos escondidos.

Y al recibir, ¡oh sol de las morenas!
ese abrasado aliento que enardece,
caldeando la sangre de las venas,
yo no sé qué me pasa, que parece
que me azotan la cara
las candentes arenas
que el *simón* revuelve en el Sahara.

Quiéreme, reina mía,
dame las muelas del amor primero,
y el corazón te enseñaré algún día
en prueba de cariño verdadero.

No amaré a nadie más, ¡yo te lo juro!
Ve que estás apasionada y loca
y que me dejarías, de seguro,
que acercara mis labios a tu boca...
Lo deseas, ¿verdad? ¡Me lo figuro!

Un beso es cosa rica, ya se sabe,
pero además, princesa, y esto es grave,
es ariete certero
que el pudor por su base desmorona...
¡No te lo doy, pichona!
¡Para que veas tú cuánto te quiero!

SINESIO DELGADO.



Leo:

«Según hemos oído, parece que existe un proyecto cuyo principal objeto es que no se publique ningún periódico de Madrid en días festivos.»

¡Eso! y que no queden más entretenimientos que las corridas de toros.

Y que todos los días de fiesta ayunen a pan y agua los iniciadores del proyecto, para dar ejemplo a cajistas, repartidores, etcétera, etc.

¡La humanidad continúa en el limbo!

Y sigo leyendo:

«Para llevar a efecto el asunto, se trata de convocar a una reunión a los propietarios y directores de todos los periódicos con el fin de conocer la opinión de unos y otros y resolver lo que se crea más conveniente.»

Lo más conveniente es no atentar a la libertad de nadie, y que deje de publicar cada uno el número cuando y como se le antojare.

El meterse en negocios ajenos es una tontería. ¿Estamos?

Un par de cantares:

Estrella las dos se llaman
¡ay! mi cuñada y mi suegra;
por eso cuando me pisan
digo:—¡He visto las estrellas!

¿Que mientras tu madre viva
no te has de casar con nadie?
¡Bendita sea tu boca!
¡Olé! ¡qué viva tu madre!

PEDRO ESTAÑONI.

Una parodia de Campoamor:

Hay gente tal, que vive entretenida
en el eterno juego
de hacer el oso a la mujer, y luego
¡no casarse en la vida!

JULIO CABEZAS.

Hemos recibido el número prospecto de un nuevo colega que se titula *El Olimpo*, que aparecerá, según dice, honrado con la confianza de los dioses.

Los auspicios son felices
y es eficaz el apoyo...
celebraremos que nunca
se lo lleven los demonios.

El Sr. D. Ramón Campoamor ha tenido la bondad de remitirnos dos ejemplares de su último poema *Los amores de una santa*.

Además de que llegamos tarde para ocuparnos de esta obra, que merece examen detenido, los elogios que de ella pudiéramos hacer son inútiles. Campoamor no necesita bombos.

Quien los necesita, porque empieza a darse a conocer, es don Francisco Ramírez Granero, a quien agradecemos la atención de enviarnos sus dos composiciones *Un cuento* y *Un romance*, reunidas en un folleto. El Sr. Ramírez se revela como excelente poeta de la escuela de Núñez de Arce, y hay en los poemitas *D. Jaime de Toledanos* y *Granada*, muestras de inspiración y trozos de versificación vigorosa. Conque, animarse.

En dos cosas se parecen
el pepino y la mujer;
en que gustan al principio
y en que hacen daño después.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Triquitruque.—Sirve la última. Venga la firma.

Sr. D. F. G.—Madrid.—Las coplitas me gustan poco, y eso de las bulas... francamente... No he sospechado de *Sor Virginia*; aquella es otra Sor. Y conste que no me incomoda por nada, en justa compensación de que nadie se incomoda conmigo y lo merezco muchas veces. ¿Se enterará V.?

Sr. D. A. C.—Madrid.—Esas equivocaciones en la sombra son del sistema antiguo.

Cualquiera.—Murcia.—Y esas transiciones finales también.

Los tres Reyes Magos.—Perdón, pero todo se arreglará. Ya ven Vuestros Majestades... ¡se arregló lo de Caparrotá!

Tres gaditanos.—Ch. C. y M.—Digo lo mismo, salvo lo de majestades.

Agárico.—Mal anda V. en eso de contar las sílabas, camarada.

Sr. D. J. L.—Madrid.—Los cuartetos tercero y último tienen asonancias, las imágenes no son apropiadas y la palabra *ruptura* no se puede emplear como verbo.

Sr. D. L. C.—Palomares.—Cuatro versitos y cuatro barbaridades. No malgasta V. la tinta.

Carai.—Incorrecta é inocente.

Rademón.—Ya ve V. que apenas queda sitio para la gente de casa. ¡Que le hemos de hacer?

Sr. D. A. C.—Valderas.—Casi en todas las líneas hay algún defecto. De modo que las composiciones son malas. Así, con franqueza.

Angelini.—Sevilla.—Medianinis, pero muy medianinis.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Medianos á secas.

Sr. D. J. U.—Madrid.—El otro es J. V. Ello debe consistir en que se confunden en la imprenta. ¡Es tan fácil!

Un cómico.—Pchs... pero ese epigrama está tan gastado...

Sr. D. A. P.—Valladolid.—Está bien y tiene mucha gracia, pero la parte descriptiva es demasiado picante.

Apolo.—Sr. Febo, vea V. la contestación a los Reyes Magos.

Magister y *Yo mismo*.—Cádiz.—La terminación del uno es de mal gusto y el otro es bastante incorrecto.

Sr. D. V. T.—Madrid.—Recibida la firma... y el apellido sigue pareciéndome guasa.

Sr. D. A. G. Q.—Madrid.—Sirven dos epigramas. La otra tiene el número 75. Hay que tener paciencia.

Salvico.—Otra porquería.

P. Kin.—Zaragoza.—También sirve para V. la respuesta a J. M. *Nosotros*.—Valladolid.—Aquí para entre *nosotros*, es decir, para entre ustedes, estamos completamente de acuerdo, pero... yo no tengo la culpa, ni puedo remediarlo.

Sr. D. A. S.—Torres de Nava.—Aplicuese V. también la contestación a J. M.—J. V.—¡Es tan chiquitito eso!

Sr. D. L. F.—Burgos.—Un poquito incorrecta la forma. Lo de «te lo digo en Mayo» es un ripio atroz. Recuerdos a Francés.

Sr. D. F. R.—Barcelona.—Hombre... no están mal, pero son así, algo anodinas.

MADRID, 1886.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo



—¡A real y medio novelas de Balaguer! ¡El papel vale más!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, 1.º
Teléfono núm 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.
A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.
Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.
A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Ferraz, 40, principal,
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO